

—Hija mia, no escuchéis á lord Seymour, como no os ponga por delante una promesa de matrimonio; es de carácter duro, inconstante y orgulloso; le conozco desde que era niño, y si fuera yo vuestro padre, no le confiaría vuestra suerte.

—Dejemos eso, milord, interrumpió Catalina; dejemos de hablar de una cosa que no ha de llegar, y decidme, por Dios, añadió cruzando las manos, si es verdad que os sentís enfermo de peligro.

—Tranquilizáos, querida mia, repuso el anciano; no me siento bueno, pero he exajerado para que ese fátuo espere y os deje en paz; aunque, os lo repito, no os hará dichosa, y así, si algun dia sois libre, pensadlo mucho ántes de uniros á él con lazos indisolubles.

VIII.

Lord Latimer habia dicho la verdad.

Su salud decaía rápidamente, y la enfermedad que le aquejaba, hizo en un año espantosos progresos.

Catalina, que amaba verdaderamente á aquel hombre severo, pero generoso y justo, se dedicó á aliviar sus padecimientos con la más tierna y constante solicitud.

Pero en medio de los cuidados que la asediaban y de la intranquilidad consiguiente al estado de su esposo, Catalina veía incesantemente ante sus ojos la seductora imágen de lord Seymour, hermosa, apasionada y elocuente.

El tampoco la habia olvidado.

Algunas veces, al ir la jóven á la fuente rústica donde por la primera vez le habia visto, habia vuelto á encontrarle en el mismo sitio; pero entónces Catalina, fiel á los consejos del hombre excelente cuyo nombre llevaba y á quien iba á perder, huía de aquellos lugares por un esfuerzo de su generosa voluntad.

Lord Latimer sucumbió, al fin, al rigor de sus padecimientos, cuando su esposa contaba solo veinte y cuatro años y algunos meses.

Esta le lloró amarga y sinceramente; perdía en él un amigo cariñoso y noble y un esforzado defensor.

Lady Latimer, además de su elevada clase, poseyó desde el día de su segunda viudez la fortuna más espléndida de Inglaterra.

Sus dos esposos la habían hecho opulenta hasta lo fabuloso.

Pero la soledad la agobiaba cruelmente; volvió los ojos en derredor suyo y no halló una persona amiga á quien pedir consejo.

—¿Por qué no he de tomar por mí misma una decisión? se dijo un día; ¿no tengo ya cerca de veinte y cinco años? Además, ¿no sería prudente que yo pidiese consejo á mi hermano que debe ser mi amigo y protector, segun todas las leyes de la naturaleza?

Catalina Parr adoptó esta resolución como definitiva, y se preparaba á escribir Guillermo, cuando éste entró en su habitación y se arrojó en sus brazos.

Había sabido la segunda viudez de su hermana y venía á pasar con ella algunos días.

—¡Gracias al cielo! exclamó con el ímpetu que le era natural. ¡Gracias á Dios que te veo libre de aquella muralla de canas y de hielo! ¡Jamás te hubiera perdonado el unirme á la mómia de lord Latimer, en tanto que éste hubiese vivido! Catalina, yo que acabo

de ver á las mujeres más hermosas del reino, te aseguro que no puede competir ninguna contigo, ni en belleza, ni en gracias, ni en opulencia; tienes todas las ventajas y pronto volverás á una tercera union, pero más digna de tí.

Al decir estas palabras, Guillermo miraba á su hermana con expresion de inteligencia, y por sus labios vagaba la sonrisa del orgullo satisfecho.

—Vamos, dijo despues de haber esperado durante algun tiempo la respuesta de Catalina; veo que no te inspiro confianza, y lo siento.

—¿Qué quieres decirme? exclamó Catalina atónita.

—Que lo sé todo.

—¿Todo?

—Sí, por el mismo Seymour; es amigo mio, muy amigo mio, y estoy encargado de pedirte tu mano en su nombre para cuando termine tu luto; ese enlace es de todo mi gusto, y yo seré con él tan dichoso como tú. Tomás lo reúne todo, riqueza, gallardía, un carácter orgulloso; un valor á toda prueba; su esposa será la mujer más envidiada de Inglaterra; pero ¿qué es eso, Catalina? prosiguió Guillermo cambiando su locuacidad por una expresion de sorpresa; ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué causa no me respondes?

—Mi querido hermano, respondió la jóven, me admira que lord Seymour crea que yo pienso en un nuevo enlace; si alguna vez me decido á él, ha de pasar ántes mucho tiempo; he sido toda mi vida casa-

da y quiero ahora probar las dulzuras de la libertad; encadenada á dos ancianos, necesito rodearme de juventud; cercada por la experiencia y el positivismo, necesito ilusiones y alegrías en torno mio; pero no sé qué partido tomar, y ahora mismo iba á escribirte para que me aconsejases.

—Vente á Lóndres, respondió Guillermo con prontitud: viviremos juntos; tengo un magnífico palacio y serás la mujer más obsequiada y más envidiada de la córte; daremos convites y fiestas y viviremos con la esplendidez necesaria para hacer ver á Tomás Seymour que, si te casas con él, no es por el afán de brillar, puesto que, sin él, brillabas por tí misma; su orgullo debe ahora moderarse porque ya ha muerto su hermana, la reina de Inglaterra, y el rey acaba de casarse con la princesa de Cleves: vente conmigo, Catalina, y véngate ahora de los rigores de la suerte, siendo el astro que deslumbre á la córte; se habla ya de que la reina es muy fea, sin haberla visto, y tu serás la reina de la belleza y de las gracias á la que todos acatarán.

—No, Guillermo, respondió gravemente lady Latimer; no quiero ir al bullicio de la córte en tanto que dure mi luto; he aquí, por el contrario, lo que he pensado hacer, y dime si lo apruebas.

Tú sabes que entre las personas de la alta nobleza, á la que pertenecemos nosotros, es costumbre que las jóvenes pobres de una familia se eduquen á es-

pensas y al lado de sus parientes ricos; en nuestra familia hay algunas que carecen de fortuna y que cuentan de quince á diez y ocho años; entre ellas están Lucía Surrey, parienta de nuestra malograda madre, cuyo mismo apellido lleva, y Matilde de Essex, que lleva el de nuestro padre; aún hay otras cuatro en igual caso; pienso, pues, traerlas á mi lado é irme á vivir al castillo de lord Latimer, dejando éste, lleno para mí de tristes memorias, porque en él han muerto mis dos esposos.

—Veo, querida Catalina, que jamás podré corregir la modestia de tus inclinaciones, respondió disgustado lord Parr, ¿te has de hacer guardadora de esas jóvenes, á tu edad y con tu belleza? Por cierto que no es esa la suerte que yo te reservaba.

—Hermano, dijo Catalina; tus deseos, aunque dictados por el cariño, son tambien hijos de la vanidad; ¿no es más saludable que, en vez de disipar yo una fortuna viviendo en Lóndres en medio del fausto y de la ostentacion, dando fiestas y banquetes, que sólo excitarán la envidia y la animadversion, traiga á esas jóvenes á mi lado, las dote bien, y les proporcione á cada una un buen casamiento? Allá, cuando no tengan otra cosa que decir, dirán mis émulos que soy rica porque me vendí á dos ancianos, y los amantes que desdeñe dirán otro tanto; aquí seré bendecida y amada por algunos corazones inocentes; allí seré infeliz entre las fiestas, el bullicio y las adula-

ciones, á las que soy tan opuesta; aquí seré dichosa en el retiro, y al lado de mis jóvenes amigas.

—Haz lo que quieras, repuso lord Parr: no quiero que por mí te llames desdichada; bien mirado, esa especie de córte, esa comitiva de damas de honor, todas nobles y bonitas, te ha de sentar muy bien.

—¡Ah, hermano mio! exclamó Catalina; si yo pensara que esas jóvenes pudieran creer algun día que el haberlas traído á mi casa era por rendir culto á la vanidad, jamás lo haría!

Lord Parr hizo un gesto de desdén, y despues preguntó á su hermana:

—¿Cuánto tiempo piensas guardar el luto?

—Cuatro años, por lo ménos, respondió Catalina; pero no creas, añadió al ver un movimiento de impaciencia de su hermano, no creas que he de condenarme durante todo ese tiempo á un perpétuo encierro; voy á ir á ver á la reina.

—¿Tú?

—Sí, he oido hablar de ella con tal variedad, que deseo conocerla; además, esa pobre princesa, que no sabe el inglés, y á la que nadie entiende, ha de verse aquí tan aislada y violenta, que no dudo se alegrará de encontrarme, pues yo le podré hablar en su lengua nativa.

Lord Parr, bastante contrariado con los designios de su hermana, se retiró, volviendo á Lóndres, y Ca-

talina, en la tarde del mismo día, empezó á poner por obra sus proyectos, retirándose al castillo que ántes de casarse con ella habia ocupado lord Latimer, y que tambien le pertenecia como parte de su rica viudedad.

IX.

Cerca de dos años, despues de los sucesos referidos, el antiguo y severo castillo de lady Latimer presentaba el aspecto más risueño, embellecido por la presencia de la seis jóvenes damas, recogidas por Catalina.

Todas eran bellas, alegres y cariñosas para su protectora, que era para ellas la más tierna y delicada madre.

Sin admitir el bullicio, Catalina no las habia condenado á la soledad; se paseaba á caballo y en coche, se organizaban algunas partidas de caza de cetrería, habia pequeños conciertos, y en las bellas tardes de primavera, se bailaba un poco sobre el verde césped del parque.

Los jóvenes caballeros de las cercanías acudian, llenos de satisfaccion, á aquellas deliciosas y cordiales fiestas, en las que lady Latimer hacia los honores con una gracia afectuosa y sencilla á la par; y algunos nobles, de los que vivian en la córte, ansiaban siempre ser del número de los invitados.

En medio de las negras nubes que habia esparcido en los ánimos el repudio de una reina, el proceso y la ejecucion de otra, muchos volvian los ojos con placer á aquel plácido nido lleno de flores, habitado por todas las gracias de la juventud.

Dos de las jóvenes pupilas de lady Latimer habian ya sido solicitadas en casamiento, y la noble dama presidia la confeccion que de las galas de las desposadas hacian sus camareras, y todos los preparativos que hacian ruborizar de placer á las preciosas novias.

Catalina Parr dotaba á cada una de ellas con tal esplendidez, que habia llenado de gratitud los corazones de sus protegidas.

Además de aquellos seis corazones que le eran tan adictos, lady Latimer tenia otro que era tambien todo suyo; el de la augusta desterrada del castillo de Richmond, Ana de Cleves.

En la leyenda correspondiente á esta princesa, dije ya cuanto habia agradado á la Duquesa lady Latimer, cuando se presentó á saludarla á su llegada á Inglaterra.

Desde entónces la unió la más tierna amistad, y no estará de más, para la mayor inteligencia de mis lectores, que repita lo que entónces dije.

Sólo Catalina Parr conoció todo lo que habia de grande, de noble, de esforzado en el alma y en el carácter de la reina repudiada; su paciencia, su ca-

ridad, la penetracion de su talento y su completo dominio sobre sí misma.

Catalina dejaba algunas tardes á sus jóvenes pupilas al cargo del capellan del castillo, y se iba sola en su coche á pasar algunas horas con la princesa que la retenia á su lado y la hacia comer con ella; sólo Dios sabe lo que temia estos dias el pobre capellan, pues aquellas seis niñas traviesas le volvian loco con sus zumbas y sus chanzas.

Era una bella tarde de otoño cuando en el salon del castillo se hallaban reunidas las seis jóvenes, muy dudosas sobre si deberian comer ó esperar á lady Latimer, que habia salido desde hacia algunas horas.

Las jóvenes vestian con sencillez, pero con una elegancia llena de esmero.

Sus trajes de seda, de colores claros, habian sido escogidos y comprados por Catalina Parr, en perfecta consonancia con el color de la tez de cada una y el de sus ojos y cabellos.

—No podemos sentarnos á la mesa sin esperar á Milady, dijo Miss Eduarda Sheridan, una de las que estaban próximas á casarse, y que era una morenita encantadora y vestida de seda rosa. No dijo que se quedaria á comer con la princesa, y por lo tanto es evidente que volverá para comer con nosotras.

—A buen seguro que yo no comeré á gusto si no la veo en la mesa, observó Miss Emma Darrell, otra de las novias, que era blanca, con ojos garzos y

cabellos castaños, y estaba vestida de blanco; pero, ¿qué hacer? si la esperamos hasta muy tarde, nos conviene.

—Esperemos media hora más hablando de una cosa muy importante, exclamó Lucía Surrey, rubia de quince años, que llevaba un brial azul celeste; ¿quién de vosotras desea expiar todos sus pecados? Nuestro rey Enrique VIII trata de contraer matrimonio por la sexta vez; ¿quién de vosotras desea su mano?

—¡Horror! ¡Horror! gritaron todas las jóvenes; el tajo es el presente de boda que todas vemos en lonjananza.

—Yo, dijo Matilde de Essex, pienso como la princesa de Módena; por muy ligera y frívola que os parezca mi cabeza, deseo conservarla.

—Y luego, añadió otra de las jóvenes cuyo nombre era Agata de Edgeworth: ¡Tan viejo y con las piernas llagadas! ¡Y con aquella cara como un pergamino amarillento y con unos ojos como dos áscuas, que relucen como los de un gato!... repito lo que dije: ¡Horror! ¡Horror!

—Yo, observó María Dudley, le aceptaría por esposo con una condicion; y es la de que en el momento de terminar la ceremonia, S. M. me concediese permiso para enviarle á la torre para toda la vida, á fin de que expiase allí el daño que ha causado.

A estas palabras signieron ruidosas carcajadas

que interrumpió el ruido de la puerta que se abría.

La pequeña córte de Catalina Parr se volvió en masa para ver quién entraba, cuando apareció en el umbral la misma Catalina que miraba á las jóvenes con benévola sorpresa.

Así que éstas la vieron, se levantaron con respeto y todas corrieron al lado de la hermosa viuda.

—¿Qué es lo que excita vuestro buen humor, señoritas? preguntó afablemente Catalina; ¿qué es lo que habeis sabido de nuevo, lady Maria, vos que siempre andais cazando novedades?

—Señora, respondió la joven, hablábamos de política; cuando entró Vuestra Gracia, me preparaba á enterar á mis compañeras del último decreto del parlamento.

—¡Ay, Dios! ¡Hablar de política! exclamó Catalina; en verdad no os creia capaces de tener tan mal gusto: ¿acaso no teneis otro medio más agradable de distraeros?

—Señora, repuso María, es que éste pertenece á nuestro sexo en general y... en particular; sólo á nuestro *gracioso* Soberano se le podía haber ocurrido hacer la cuestion de matrimonio, cuestion parlamentaria; escuchad, señora:

«Será considerada, como culpable de crimen capital, toda mujer que, habiéndose casado con su soberano, hubiese faltado de soltera á sus deberes sin

haberlo prevenido ántes á su angusto pretendiente. Todo el que tuviese conocimiento de la mala conducta de una señora ó señorita pretendida por el Soberano y que nó se lo comunique inmediatamente al rey ó al Consejo, será igualmente condenado á pena capital.»

»Lo será tambien...»

—¡Basta, basta hija mia! dijo lady Latimer interrumpiendo á la jóven con una mezcla de susto y de benévolo enojo; ese decreto no puede interesarnos en lo más mínimo... No guzgueis las acciones de S. M.; pensad en gozar, en ser dichosa y no os atormenteis con los árdulos negocios del Estado, y por lo que no es fácil que suceda.

—¡Así sea! murmuró á media voz la jóven, algo despechada con la reprimenda; pero, en adelante, no debía el rey dirigirse más que á una viuda.

—Allí está lord Seymour, dijo Lucía Surrey señalando á la puerta.

Catalina se volvió poniéndose encendida.

En efecto, recostado al lado de la puerta, lord Seymour habia escuchado el final de la conversacion.

Hacia algunos meses que Catalina habia vuelto á recibirle, despues de repetidas negativas en los primeros que siguieron á su viudez.

Tomás volvió más enamorado que nunca; y el más hermoso y seductor de los cortesanos, pero

tambien el más frivolo de ellos, se hizo dueño absoluto del corazon de la discreta, grave, instruida y piadosa Catalina.

¡Cómo puede explicarse esto?

Sólo como una de esas mil aberraciones del corazon humano.

—¡Ah! ¿Estábais ahí, milord? exclamó la viuda con tono de suave reproche. ¿Habeis escuchado nuestra conversacion? Habeis hecho mal, añadió gravemente.

—Señora, respondió Tomás, no me reconvengais: estaba enterándome del último decreto del parlamento, que me parece una obra maestra de prevision.

—Queridas niñas, dijo lady Latimer á las jóvenes, id á esperarme al comedor; soy al instante con vosotras.

Las jóvenes salieron como una bandada de palomas, seguidas por una ardiente mirada de Seymour.

Despues que hubieron desaparecido, Catalina, que no habia reparado en aquella ojeada que tanto la hubiera hecho temer para el porvenir, se volvió á Tomás y exclamó con dolorosa estrañeza:

—Y qué, milord, ¿seríais capaz de aprobar las ruines acciones del rey?

—¿Y por qué no, señora? respondió Tomás. Cuando no vé para él ningún medio de seguridad...

—Ese decreto, milord, es tan insolente como cruel,

y vos andais poco comedido en aceptarlo en presencia mía.

—Milady, respondió Tomás con aire ligero y petulante, la insolencia de S. M. y la mía son sólo aplicables á las que se atrevan á desposarse con él; escarmentado de lo que le ha sucedido con Catalina Howard, quiere ahora jugar, como si dijéramos, con cartas vistas; esto es muy lógico, y si yo fuera Enrique VIII haría lo mismo quizá.

—¡Tomás! exclamó Catalina con una indignación dolorosa; ¡apénas se concibe que hable así el hermano de la desgraciada reina Juana!

—¡Bah! señora, ¿y que nos importa todo esto? preguntó el frívolo cortesano; yo me tengo por muy dichoso siendo sólo Tomás Seymour, el prometido esposo, el esclavo de la bella Catalina Parr, á la que adoraré toda mi vida.

—Seymour, repuso Catalina con emoción; aún falta mucho tiempo para nuestro enlace; cuatro años es el tiempo que he señalado para mi luto y apénas han pasado dos desde que quedé viuda: ¡en dos años pueden sobrevenir tales acontecimientos que estorben ó dilaten la celebracion de nuestro matrimonio! Espero de él la felicidad y temo y desconfío sin saber por qué. ¡Ambos somos libres, y sin embargo, tengo como un presentimiento triste cada vez que me dejo llevar de mis esperanzas para el porvenir.

—¿Desconfiais acaso de mí, Catalina? exclamó To-

más; ¿os he dado motivo para ello? Si es así decidmelo, por favor.

La jóven hizo con la cabeza una señal negativa, pero sus grandes ojos negros estaban llenos de lágrimas.

—Catalina, prosiguió apasionadamente lord Seymour; si es verdad que me amais y teneis algun recelo acerca de mi constancia, de mi fidelidad, ¿por qué no abreviais el tiempo de vuestro luto? Y si este medio no es grato á vuestra sensatez, á vuestros sentimientos de decoro, ¿por qué no celebramos un matrimonio secreto hasta el dia en que querais dejar ese luto? En caso necesario, podríamos revelarlo y yo os defenderia contra todo y contra todos; consentid, si me amais, en cualquiera de esos dos partidos, Catalina.

Lady Latimer, vencida por aquel dulce ruego, tendió su mano al noble lord; y durante algunos instantes permanecieron ambos mudos y como agobiados por un mismo pensamiento de felicidad y de amor.

De súbito, oyóse á lo léjos el toque de una corneta de caza; luego el galope, cada vez más próximo, de muchos caballos, y por último, las voces y la confusion de una numerosa comitiva.

—¿Qué es esto? exclamó sorprendida Catalina en tanto que Seymour se acercaba á la ventana.

—¡Ah! murmuró palideciendo; ¡es el rey!

Y los dos amantes se miraron con una expresion de terror indefinible.

En tanto que ellos permanecian algunos instantes como absortos bajo una impresion de espanto, difícil de pintar, todo se ponía en movimiento en el castillo.

Las huérfanas corrieron á agruparse en torno de Catalina.

Doce pajes con lujosas libreas se colocaron, doblando una rodilla, á ambos lados de la puerta; poco despues, el Senescal, llevando en la mano una varita de oro, entró precediendo al rey.

Catalina se adelantó algunos pasos, dobló una rodilla y apoyó su frente, segun la costumbre de aquel tiempo, sobre la mano que le tendía el rey.

Este levantó á lady Latimer con galantería.

Entónces reparó en Seymour, y su semblante se anubló con negras sombras.

Luego, haciendo por dominarse, dijo con acento cortés y amable:

—Venimos, milady, á pedirnos como cazadores algunos refrescos, porque tenemos sed y calor; dispensad nuestra indiscrecion por presentarnos así en la mansion de una jóven tan bella como vos; pero mi cuñado Seymour me parece culpable de la misma falta, y así lo mejor es que dejemos esto. Mirad, Seymour, añadió volviéndose hácia él con despótico ademán y duro acento; vos no debeis estar cansado y

vais á partir en el acto para Lóndres y á prevenir al arzobispo Crammer y al obispo de Winchester que tenemos que consultarles sobre un asunto de gran interés.

Tomás, pálido de indignacion, se inclinó en silencio y salió.

El rey despidió con una seña á su comitiva y con otra á la de Catalina, quedando sólo con la jóven.

—Temo, señora, dijo, haber llegado en un momento inoportuno; es preciso que excuseis mi falta de conocimiento de vuestras costumbres y el ardiente deseo que tenia, desde hace largo tiempo, de manifestaros la alta estimacion que hago de vuestras virtudes y la admiracion que vuestra encantadora belleza me inspira.

Lady Latimer, trémula y confusa, inclinó su hermosa cabeza.

El rey, halagado, segun le sucedia siempre, por la turbacion que ocasionaba, le dijo con calor:

—Levantad vuestros hermosos ojos, milady, y miradme de frente.

Catalina miró, en efecto, al rey.

—Ahora, prosiguió éste, decidme; ¿lord Seymour estaba aquí como *dueño* de este castillo?

—Señor, respondió la jóven con dignidad, la viuda de lord Latimer no está obligada á sufrir un interrogatorio, y V. M. es demasiado caballero para ofender con injustas sospechas á una dama á quien nadie acusa.